

do con gran deseo de su alma y peligro de su vida? Cosa es que aun el mismo Dios, con ser tan sufrido como él publica en su Escritura, y tener no menos que infinita paciencia, como él es todo infinito, se muestra quejoso y sentido cuando en aquel salmo dice, echando maldiciones á los perseguidores: Dábanme malas obras en retorno de otras buenas, y aborrecimiento por amor. Y la cuenta que Tobías podía hacer para formar su razon y queja, la dice David en otro salmo: Si mi enemigo me maldijera, sufríralo yo de buena gana, que ya se me entiende que de tal árbol no puede salir sino esa fruta; y si el que me tiene aborrecido dijese de mí grandes males, no me espantaria, aunque procuraria de huirle el rostro por ventura y ponerle tierra en medio; pero mi amigo, que tenía conmigo una sola alma, mi guía-dor, mi conocido, mi compañero de mesa y de un plato, comiendo de un mismo manjar, que andábamos en una casa y siempre de una voluntad y de un parecer. Como quien dice, ¿á quién no espantara que me dé una zancadilla? Y es queja que por boca de David tiene Cristo de su mal discípulo y de cualquier falso cristiano; pues la misma podía al parecer tener Tobías: Si Dios fuera mi enemigo y si tuviera condicion de tratar mal á los que lo son, no me espantara dél; pero condicion de hacer bien á todos, aunque sean enemigos, y siendo los dos amigos de un alma y un corazon con él, que ni quiero ni pienso sino su voluntad para hacerla con los ojos y con la vida, mi Dios, mi capitán, mi conocido de un pueblo y casa (como el mismo lo confiesa que tiene en Judea, su pueblo, casa y hogar), y todos de un parecer, que es el suyo, ¿cómo se compadece que á la mesma hora que le estoy sirviendo me haga mal, y que apenas haya cerrado los ojos para descansar del trabajo que por servirle he tomado, cuando me quite la vista dellos?

Ayudábase á esto lo que los parientes le reprehendian y burlaban dél, y la mujer, que, cuanto mas cercana, mas sentia sus palabras que le decia de hipócrita, y que en el pago se echaba de ver que sus limosnas no agradaban á Dios, pues así le respondia á ellas. Y aunque la mujer de Job fué mas mala, porque, perdiendo el juicio y la consideracion, vino á decir á su marido que trataba con un Dios que á mayores y mas servicios enviaba peores respuestas y mas trabajos, como entiende el bienaventurado santo Tomás de Aquino aquellas palabras locas que para hacerle blasfemar le dijo: ¿Aun te estás en tu simplicidad, esto es, sin entender la condicion de Dios, á cabo de tanto trabajo? Pues yo te la diré y es, que tú á sufrirlo y á servirle, y él á hacerte mal; y cuanto mas tú vas sirviéndole con lo que tienes, tanto te va él quitando mas; pues si quieres que se acabe todo, una cosa te queda que ofrecerle (pues ya no hay hijos, hacienda, casa ni salud), que es la lengua con que alabarle, y él no tiene ya mas que la vida que quitarte; pues acábase ya este negocio: alábale y morirás. Este mismo error quiso el demonio poner en Tobías, mediante la mujer, y para eso iba la tentacion enderezada, y éralo para él muy grande, que peligraba la gloria de Dios que le habia de dar á él gran pena; porque entre gentiles y bárbaros, cuales eran los caldeos, y entre los hebreos, que de Dios esperaban bienes temporales en premio de sus obras y felicidad desta vida, viendo el pa-

go que Dios le daba por las suyas, peligraba, ó bien la opinion y abono dellas, como hizo en el juicio de la mujer y de los deudos, ó la de Dios, que no acudia al favor de quien los hacia, que es una cosa que á los verdaderos siervos de Dios da gran pena; la cual le ponian siempre delante cuando le rogaban los librase de algun aprieto: Señor, no vengan á decir los gentiles, ¿dónde está este su Dios? Y Moisés decia: Señor, no digan los enemigos que nos sacaste al desierto á matarnos ó desampararnos. Y el rey David acaba un salmo en que pide favor contra una persecucion desde una cueva do estaba escondido, y dice: Los justos y amigos tuyos están á la mira á ver cómo me libras. ¿Cuánto mas cuidado pondria al santo ver á Dios en juicio de gente bárbara y poco entendida!

De la gravedad del trabajo se entiende cuánta fué su paciencia, pues la tuvo tan grande, y tanta humildad, que antes le parecia que quedaba deudor, pues después de todo el trabajo y las ofensas que su mujer y deudos le decian, se volvió á Dios y le pidió perdon de sus pecados, confesando que mas y mayores trabajos merecia por ellos, con tener tan pocos; que, como dice el primero y segundo capítulo de su historia, desde niño comenzó á huir los pecados y malas compañías, y á entender en la observancia de la ley y en las obras de misericordia, repartiendo de sus bienes á los pobres, aconsejando consejos de salud y de consuelo á los de la cautividad, y en otras muchas obras, amando tanto á Dios y á sus prójimos, que, de solo saber que estaba uno muerto en la calle, como solia haber otros muchos, dice el texto que un convite que tenia aderezado para unos convidados se le volvió acibar hasta tenerle enterrado. Semejante á esta fué la paciencia de san Pablo, aunque de mas y mayores trabajos, cuando, andando predicando el Evangelio y gastando el tiempo y la vida en el altísimo oficio, y de gran perfeccion y merecimiento, que Dios le habia encomendado, nunca salia de prisiones, audiencias, naufragios, necesidades y persecuciones, como él mismo lo cuenta muy largo en la carta á los corintios y en otras partes, especialmente que un día y una noche estuvo debajo del agua, y otros muchos trabajos que se cuentan en el libro de los *Actos de los apóstoles* (especialmente del capítulo 24 hasta el fin), de prisiones, peligros de mar, peregrinaciones. Y todo lo sufría, siendo persecucion de casi todas las criaturas, con buen corazon, porque el alma que de veras sirve á Dios, sabiendo que se sirve de la paciencia en los trabajos, como está dispuesta á hacer la voluntad de Dios, y no la suya, y escoger en qué servirle lo que él quisiere, y no su propia voluntad y parecer; eso se le da gastar la vida en padecer, que en predicar, que en ayunar; tanto se huelga cuando Dios le da la calentura como cuando le manda rezar, tanto cuando le llevan la hacienda hurtada y tiranizada como cuando la da en limosna; porque sabe cuánta es la sabiduría de Dios en el repartir las tareas á los siervos que trabajan. Y así lo hacia el buen Tobías, que, si mucho se holgaba en enterrar el muerto, no menos en perder los ojos. Y así hace y ha de hacer el siervo de Dios, que tan contento anda en la adversidad como en la prosperidad; y al revés, tanto huelgue de servir al enfermo, cuando Dios lo manda,

como de contemplar con suavidad los misterios de Dios; tanto de padecer como de gozar, tan mortificada ha de tener la voluntad y tan amiga de saber y poner por obra la voluntad de Dios, y tan enemiga de su propio gusto y parecer, aunque sea en bien, que desee por lo que á si toca padecer en un infierno mil años, y si necesario fuere, toda la eternidad, por adelantar un paso en el servicio y voluntad de Dios, ¿cuánto mas padecer un trabajo? Y mucho mas cuanto mas adelante se sintiere en el servicio suyo; porque, demás que en esto delante de su acatamiento se merece mucho, el mismo padecer es suficiente paga en esta vida de las buenas obras y de lo que se padece. Y así se lo dió á entender á Ananías, cuando de san Pablo dijo: Yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre, después de haber dicho que era su vaso escogido. Especialmente que de Tobías dice san Agustin que llevó de su paciencia y obras dos premios en esta vida y en la otra, porque, como á Job, se lo volvió Dios todo, y que llevó de los que obran por su ejemplo parte de galardón; cual todos llevaremos de los que por nuestro ejemplo obraron y padecieron. Hasta aquí san Agustin.

DISCURSO IV.

De la paciencia en los trabajos á ejemplo del santo patriarca Josef.

Todos los trabajos que suceden en esta miserable vida, comparados con los que un verdadero siervo de Dios padece por no ofender á su Señor en una recia tentacion, son como trabajos pintados, porque en los que acá llamamos trabajos solo se arriesgan ó aventuran bienes temporales, que son caducos y de muy poco ser y valor, comparados con la amistad y gracia de Dios y la salud eterna del alma, que en una fuerte tentacion se aventura y corre peligro; esta diferencia se colige de los temores de lo uno y de lo otro, que el de los pecados se llama filial, que quiere decir temor de hijos, que tambien suele llamarse temor de esposa; porque ningún temor llega en una esposa que á su esposo ama tiernamente, al que tiene de ofenderle, especialmente en la fidelidad del matrimonio. Así, el siervo de Dios, cuya alma está con él desposada, ninguna cosa teme tanto como ofender á su Esposo y Señor con un pecado mortal. El otro temor se llama servil, porque es de siervos y procede, no del amor de Dios, sino del propio, que, aunque tema el mismo pecado, no es sino por las penas y daños que de haberle cometido se le siguen; lo cual con razon se llama temor de siervos. El uno y el otro temor heredamos de nuestros padres; el servil, de Adán, que nos enseñó á temer y huir las penas, y no las culpas; pues, después de haber tan sin escrupulo pecado, se andaba escondiendo de Dios. Y el segundo Adán, que fué Jesucristo, nos enseñó á temer las culpas y menospreciar las penas y trabajos; y así, puso en la oracion con que nos enseñó á rezar: No nos dejes, Señor, caer en la tentacion, mas libranos del malo. De donde se colige que el trabajo que un siervo de Dios padece en resistir á una tentacion es incomparable con los otros trabajos, aunque no entienda esto los que fácilmente se quieren dejar vencer de sus tentaciones, y no consideran profundamente la pelea fortísima que los buenos pasan en

las suyas; antes hay algunos que viven tan léjos de temer esta pelea, y de parecerles trabajosa y dificultosa, que antes ellos la procuran, desafiando y provocando las tentaciones por el deleite que hallan en quedar cautivos en la pelea; pero los buenos la temen mas que al mismo infierno, y andan siempre contra ellas apercebidos, por el gran daño que de ser vencidos se les sigue, que es perder á Dios. Así que, los demás que llamamos trabajos que vienen, ó sin esta pérdida ó sin peligro de ella, sino de cosas que no son Dios, no se pueden llamar trabajos comparados con este. Pues porque conviene en semejante trabajo armarse de paciencia y fortaleza, y pelear contra las tentaciones valientemente, se pone en este lugar el ejemplo del patriarca Josef, que desde niño se vió en todo género de trabajos y aflicciones, pero señaladamente de los que ahora hablamos, para que en el discurso dellos se vea cómo se ha de haber el cristiano en semejantes trances, mayormente cuando peligrar la virtud de la castidad. De lo cual el bienaventurado san Juan Crisóstomo, como tiene de costumbre, habla elocuentísimamente en una carta que escribe á Olimpia, dueña visitada del Señor, segun parece, con muchos trabajos; y por no quitar á sus palabras y sentencias la suavidad y elocuencia, no haré mas de traducir lo que deste santo dice, y solo lo que á este punto toca, pasando de ligero por los que desde niño padeció.

Dice pues este santo doctor que ninguna cosa hizo á este santo mancebo ilustre y bienaventurado, sino las calumnias, cárcel y cadenas y la miseria que padeció, aunque se comparen con el vencer la torpe codicia de su ama; porque, aunque esto sea cosa inestimable, pero es lo menos, comparado con lo que padeció por su causa. ¿Qué mucho es, dice, no ser adúltero ni turbar la paz de los casados ni corromper la cama que no es suya? Qué mucho no ofender al que le habia hecho bien, y no deshonorar la casa de su amo, que le habia á él honrado? Lo que hay que engrandecer y alabar es el peligro, las asechanzas, la furia de una esclava de la lujuria, la violencia que se le hacia, las redes de la acusacion por todas partes, la calumnia, la cárcel, las prisiones y el nunca alcanzar cosa que pidió, aunque eran juntas todas, después de tantas peleas, por las cuales merecia mil coronas, y el ser preso como si fuera verdadero malhechor, y encerrado con los malos que habian cometido graves delitos. Así que, lo que le hizo grande y señalado fué el hedor, los hierros y la miserable vida de las prisiones; porque entonces le veo mas resplandecer que cuando en la silla y oficio de Egipto repartia el trigo á los del reino; y siendo puerto seguro para todo el mundo, mataba toda la hambre dél; mas resplandece con esposas y grillos que cuando con gran pompa y ricas vestiduras era adorado; porque el tiempo del padecer lo era de mucha ganancia y granjería en el de los deleites, honras y libertad, aunque los habia muchos, pero poco interés se ganaba; como no le estimó en tanto cuando el padre le honraba como cuando los hermanos, de envidia, le persiguen, y se hacen domésticos enemigos, peores que su ama la de Egipto, que fué enemiga de su esclavo y extraño, y ellos de su propio hermano. Esta fué la primera persecucion deste santo, que llegó á tauto la envidia y mala voluntad de sus hermanos,

que, hallándose con él en una soledad solos, le vendieron por esclavo; y de libre, noble y regalado y querido de su padre, le pusieron en una durísima y amarga servidumbre, pues le vendieron, no á sus ciudadanos, sino á unos bárbaros de diferente y extraña lengua y costumbres, que pasaban á léjas tierras; y en fin, antes se podían decir bestias que hombres; privado de ciudad, hecho peregrino y desterrado; y el que tan descansada vida tenia, súbitamente fué entregado á la mayor miseria, esclavo de unos amos bárbaros y mal acondicionados, y que habian de vivir en tierra bárbara y apartada de todo consuelo. Y porque siempre le iban sucediendo las cosas peor, estos sus amos no le tuvieron mucho tiempo, vendiéndole á otros peores; que es un género intolerable de calamidad andar el esclavo de malos en peores dueños, que solo el ser nuevos les hace para el pobre del esclavo peores.

Finalmente, vino á parar en casa de aquella loca y desatinada mujer egipcia y enemiga de Dios; en aquella mala tierra y perversa, donde nacen las caras sin vergüenza; aquella tierra de los egipcios, de los cuales uno solo bastó á hacer huir á Moisés; donde el santo mancebo estuvo pocos dias en su casa, ayudándole Dios maravillosamente y amansando aquella fiera que le habia comprado, y tornándola como una oveja. Allí se le aparejaba nueva pelea, nuevas luchas, nuevos sudores y trabajos, mas fuertes y recios que los pasados. Porque, viéndole con ojos malos aquella que le habia comprado, y quedando presa de la hermosura de su rostro, y poseída de los vicios, con esta codicia, súbitamente de mujer se volvió en leona y enemigo de casa para con Josef, con peor tratamiento que los primeros; porque ellos le aborrecieron y le echaron de su compañía, y esta le amaba, encendida de la hermosura del mancebo; lo cual fué para él doblada y tresdobla guerra. Porque, no por haber salido della brevemente y rompido los lazos se ha de pensar que costó poco trabajo, porque no le costó sino muchos sudores. Lo primero, piensa cuán gran pelea es esta para un mozo en la flor de su juventud, cuando la naturaleza mas encendida, la tempestad de la concupiscencia mas furiosa, los consejos de la razon mas flacos; porque los ánimos de los mancebos andan poco apercebidos de prudencia y discrecion; y menos acomodados y aplicados al deseo de la virtud; antes mas recia la tempestad de las pasiones y la razon, que ha de gobernar los vicios, mas flaca. A esto se juntó la rabia de la mujer; que, así como los persas encendian apriesa el horno con mucha leña, con gran diligencia y deseo, así esta malvada añadía á su fuego nuevo cebo de olores, afeites, alcoholes, arracadas ricas, vestiduras blandas y otras invenciones, queriendo atraerle como por encantamento. Y así como el codicioso cazador de una fiera pone todos los medios posibles por la dificultad, así esta por la que sentia en este mancebo, que bien tenia ya entendida la fuerza de su castidad, usó de cuantas armas pudo para haberle á las manos; y no contenta con esto, buscaba tiempo y sazón para tender las redes; y por esto, no luego que se sintió herida se declaró, antes esperó mucho tiempo, como preñada deste pensamiento y deseo, y apercebiéndose porque por la ligereza y poca madurez de su consejo no se le escapase.

Vino el tiempo cuando se halló sola con él en casa, y entonces, como cosa hecha y segura, se declaró, tendidas las alas del deleite, y sola acometió al solo. ¿Qué digo sola, pues consigo tenia la poca edad y los lazos de sus atavíos que la ayudaban? Y así, presentó la batalla del acto torpe al esforzado mancebo. ¿Qué cosa puede ser mas temerosa que esta tentacion? ¿Qué horno de fuego hay que contra una paja tenga mas fuerza? Un mancebo hermoso, esclavo, desamparado, desconsolado, peregrino, desterrado, acometido de una mujer tan lasciva, tan loca, tan rica, en tanta soledad y secreto; forzado, asido con blanduras y requiebros, llevado á la cama rica y blanda de su señor; y hallándose á la puerta de esta ocasion, después de tantos trabajos y persecuciones, que es el tiempo cuando con mas hambre se buscan los deleites y se abrazan y gozan los hallados, cuando sale uno de grandes aflicciones. Yo hallo por mi cuenta que aquella cama en aquella ocasion, y la leonera de Daniel, el horno de Babilonia y el vientre de la ballena de Jonás, era una misma cosa; antes esta es peor que todas tres. Porque allí solo habia peligro de la vida corporal, aquí del alma, muerte no menos que inmortal y calamidad irremediable. Y junto con esto, lleno este peligro de otros muchos, y de fuegos que abrasan y consumen el alma, y no el cuerpo. Lo cual dijo Salomon: ¿Quién esconderá el fuego en su seno sin quemarse los vestidos, ó quién andará sobre las brasas que no se abraze los piés? Así es el que entra á la mujer casada y el que á ella toca. Pero este santo mozo mas hizo aquí, que, no solamente no entró á ella, pero asido fuertemente della, no se abrasó. Cosa maravillosa que, viéndose enlazado en tantas redes, asido y detenido de una fiera tan cortesana, acometido por cien lados, por el tacto, por las palabras blandas, los ojos lascivos, las colores vivas, el oro y riquezas de su atavío, el aderezo de su rostro, los olores y perfumes, vestidos blancos, el amor que le mostraba, los tocados, el secreto, la soledad, las riquezas, el poder; y de su parte la edad, servidumbre, peregrinacion; con todo eso, salió maravillosa y esforzadamente con la vitoria. Esta llamo yo tentacion y trabajo mayor que el que la envidia de sus hermanos le causó y el aborrecimiento de los suyos, y que los amos bárbaros, y que el destierro tan apartado, y que tan largo y trabajoso camino, y que la diversa lengua y contratacion, y que las cárceles y cadenas, y cuanto mal tuvo en tan largo tiempo, porque aun destes últimos males se le tramaba allí la ocasion y peligro; pero Dios le envió gracia y fuerzas con que, no solo venció la batalla huyendo, pero fué tanta la abundancia de su modestia y castidad, que aun deseó y pretendió dejarla allí libre y sana de su locura. Todas son á la letra palabras de san Juan Crisóstomo, en que nos dice el esfuerzo deste mancebo en todo género de trabajos, y la paciencia y fortaleza en tan grave tentacion.

§. II.

En qué se pone el suceso de los vencimientos de Josef, y cuál fué su corona.

Ahora pues el santo mozo salió libre sin mancilla, como después lo salieron del horno de Persia los tres mancebos (de quien dice la historia que ni aun un olor-

cito de fuego no quedó en ellos) y quedó por valiente soldado de la castidad, imitando la fuerza del diamante. Veamos qué fué el galardón y la corona deste vencimiento. Lo que fué, era nuevas asechanzas, confusion, muerte y peligro, calumnias y aborrecimientos. Porque aquella miserable, desatinada, con una furiosa locura, no tuvo otra cosa con que consolar su ánimo sino con terrible enojo, y tras una pasion sucedió otra peor, llamándola concupiscencia á la ira, y haciéndose homicida, después que tentó y no pudo ser adúltera; y para este oficio, echando chispas, escoge un juez interesado y apasionado, que fué su marido; y pone su demanda sin testigos y sin dar audiencia á la parte; antes la acusacion se hace en ausencia del reo, ante el juez furioso y mal informado, bastándole á su enojo la autoridad de quien acusaba y el estado miserable de la servidumbre del acusado. Y tanto le supo decir y tanta fué su confianza, que le hizo, como vencedora, pronunciar sentencia que condenase al inocente, y cruelmente ejecutarla; viéradles prisiones, cárceles, cadenas, y fué condenado por adúltero el que no conoce quién es el acusador, como hombre violador de la casa y cama de su señor y corrompedor de las bodas ajenas, como si en fragante fuera hallado, confesado y convencido del delito. Porque el juez y la acusadora hacian creer lo que realmente era fábula y mentira, junto con la venganza que dél comenzaba á tomarse. Pero él no mostró turbacion ni murmuró, quejándose de su fortuna; no dijo: ¡Ah, Señor! ¿Estos son los sueños tan felices? Este es el paradero de las visiones? Este es el pago de la castidad? ¿Averiguar mi causa sin juicio, sin sentenciarla, sin justicia, y al cabo quedar infamado de malhechor? Como fornicario fué echado poco há de casa de mi padre, agora como adúltero y como corrompedor de la castidad de mi ama voy á la cárcel, en conformidad de todos cuantos lo ven y lo saben; y aquellos mis hermanos, que eran los que me habian de adorar (que esto decian los sueños), viven con libertad, abundancia y deleites en su tierra y descansan en casa de su padre. Yo, que habia de ser entre ellos el aventajado, soy preso entre los ladrones y salteadores en una triste y miserable prision. Ni la fortuna se contentó con sacarme de mi casa y tierra; sino que en la ajena, do quiera, me aguardan unos despeñaderos tras otros, unas muertes tras otras; y aquella que me tiene aquí, que debía de padecer por sus culpas lo que yo padezco sin ella, descansa y huelga como quien ha alcanzado vitoria de sus enemigos y contrarios, coronada por ella; y yo, sin saber por qué pecados, pago la última pena dellos.

Ninguna cosa destas dijo, antes andaba en medio de las penas y trabajos como si fueran coronas, ni quiso mas admitir dolor ni queja, ni memoria de lo que sus hermanos ni aquella mala mujer le habian injuriado y ofendido. Lo cual se sabe certisimamente de las palabras que él dijo á uno de los presos que con él estaban, porque tan léjos estaba de andar triste por sus males, que no entendia sino en consolar los presos. Porque, viendo allí en su cárcel á muchos turbados, confusos y desmayados, se llegó á ellos, y entendiendo que su turbacion nacia de visiones de sueños que habian visto, se los declaró. Y rogando al uno, á quien dijo que habia

de ser restituido á la gracia del Rey, que le alcanzase dél su libertad (que, aunque era hombre esforzado, era al fin hombre, y deseaba que se le acabase el tormento de las cadenas), y siendo necesario decirle por qué estaba en ellas para que el Rey fuese informado de su causa, no quiso nombrar los que le habian hecho el mal, sino solo decir su inocencia, sabiendo cuán malos habian sido sus acusadores y malhechores. Solo dijo: Porque yo fui sacado por hurto y engaño de tierra de los hebreos, y sin culpa fui metido en este lugar de tormentos. Y ¿por qué no lo decis todo, Josef? Por qué callais aquella mujer deshonesta y adúltera? Por qué callais los hermanos vuestros matadores? Y ¿la envidia, la muerte, el destierro, la furia de vuestra ama, los lazos, las máquinas, las calumnias, el mal proceso de vuestra prision, el juez interesado, la injusta sentencia, la venganza y castigo sin causa? ¿Por qué callais y encubris cosas como estas? No sé guardar los enojos, ni acordarme de ofensas, que son para mí coronas, joyas y ocasion de gloria.

¿Vistes el alma llena de altísima filosofía, corazón sin rancor ni enojo, y mas alto y mas señor que los peligros grandes? Y así, por no nombrar las personas de aquella mujer abominable ni los hermanos, se contenta con decir que le hurtaron sin culpa, callando personas y la cisterna y los ismaelitas y todos los demás. Pero aun aquí le halló una no pequeña tentacion, y fué, que el que dél habia sido consolado y alumbrado, después de restituido en su honra, lugar y oficio, se olvidó de su bienhechor y le faltó la fe que le habia dado; y estando él en el palacio real en gran prosperidad, se quedó como antes el que resplandecía mas que el sol, en las prisiones, sin tener quien por él ni por su causa y libertad pareciese ante el Rey. Y esto ordenaba Dios, porque le andaba ordenando muchas coronas, y así le multiplicaba las peleas y le hacia venir por rodeos y dilaciones la libertad. Convenia que se le aparejasen las peleas, permitiéndolo Dios, pero no desamparándole, sino dando licencia para que sus enemigos le ejercitasen, pero no mas de cuanto pudiese sin derribarle. Que es decir, que igualaba y compasaba la batalla con las fuerzas, y estas con la batalla; porque nunca consintió que le matasen donde tan cruel era el enojo contra él. Permitted que le echasen en la cisterna, no consintió que le matasen; y aunque pareció consejo de su hermano Judas, pero no fué sino ordenacion y consejo de Dios. Lo mismo fué en casa de su amo; si no, pregunto: ¿qué es la causa que aquel furioso de su amo, egipcio de nacion, lujurioso y iracundo, y por eso no bueno para juez, en creyendo, como creyó, que su siervo le habia cometido traicion y fuerza á su propia mujer, no le mató luego ó le quemó? ¿Cómo se compadece que, siendo tan arrebatado juez, que sin oír el descargo procede á la sentencia, no lo fué, antes se mostró manso y reportado en el ejecutar la sentencia; que viendo (que es mas de ponderar) la mujer rabiosa, furiosa y llorosa, con las vestiduras rasgadas y con otras muestras de justicia, no se movió luego á tratar la muerte del mancebo? Cierto es que aquel que puso freno y bozal á los leones en el lago de Daniel, y envió al horno de Babilonia una helada, él mismo templó el furor

desatinado desta bestia, y la ira como un fuego de su corazon, para que la venganza se templase; lo cual tambien pareció haber hecho en la cárcel, donde le permitió encerrar, atar y aprisionar; pero libróle de la crueldad del carcelero, que todos sabemos cuánto es su poder; hizole Dios manso de tal arte, que, no solo no le injurió, antes le hizo sobrestante de todos los presos de su cárcel; y habiéndosele entregado por malhechor y adúltero, y adúltero no como quiera, sino de una casa noble y principal, ninguna cosa destas le turbó ni espantó ni puso en cuidado para tratarle con crueldad; solo se andaban enlazando las coronas destas pasiones y trabajos, ayudado con particular favor y gracia de Dios, el cual no queria que con la muerte se atajase. Hasta aquí son palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo.

De donde parece la gran virtud y excelente paciencia desde santo y casto mancebo, que, aunque (como san Ambrosio dice) por sí sola la castidad hace mártires, por los trabajos con que se guarda y defiende, aun domésticos y caseros; no solo padeció estos en tan violentas ocasiones este mancebo, pero tan encarecidas persecuciones de fuera no pudieron hacer que la perdiese, ni la paciencia con que los sufría, siendo tantos y tan extraordinarios, semejantes á los de san Pablo, destierros, cárceles, mazmorras, peligros de hermanos, no de religion sola, sino carnales. Tras esto, la servidumbre, los tribunales, perseguido de extraños, de infieles, de mujeres, de celosos, sin otro favor que el de Dios, en quien confiaba y á quien servia en lo mejor de sus dias y tan á largos años. Verdaderamente es un ejemplo tan raro, que él solo podia confortar y esforzar al hombre mas perseguido y afligido del mundo, si su historia es por menudo y con atencion considerada.

DISCURSO V.

De la paciencia en los trabajos, á ejemplo de los apóstoles y mártires.

Uno de los mas principales y mas eficaces ejemplos y mas claros que el Señor dejó á los cristianos en su iglesia de paciencia, fueron los trabajos que los santos apóstoles y mártires por su nombre padecieron, siendo, como eran, hombres como nosotros y de naturaleza de carne flaca como nosotros. Y de aquí nació la razon por que la Iglesia, nuestra madre, celebra sus fiestas, que son sus memorias y martirios, porque la tengamos dellos y de su paciencia y procurémos imitarla, como dice san Agustin, que todas las veces que celebramos fiestas de los santos mártires, de tal arte esperemos de mano de Dios los beneficios temporales, que por la imitacion de los mismos mártires merezcamos con ellos recibir los eternos. Porque aquellos se pueden decir celebrar de veras las fiestas de los mártires, que siguen las pisadas de los mismos mártires cuyas son; porque las solemnidades de los mártires no son otra cosa que unas amonestaciones y sermones de martirios, para que no nos enfademos de imitar lo que gustamos de celebrar. Hasta aquí son palabras de san Agustin, semejantes á las que san Crisóstomo dice al mismo propósito en un sermón de los mártires: Ninguno hay que ignore que las glorias y triunfos de los mártires se ce-

lebran de los pueblos de Dios con la frecuencia que se celebran; lo uno para que se les ofrezca la honra que se les debe, lo otro para que con el favor de Jesucristo se nos muestren sus ejemplos de virtud y paciencia; porque, viendo con cuánta honra se celebran, entendamos cuánta gloria ganaron en los cielos los que con tanta honra son celebrados y honrados en la tierra; y que provocados con este ejemplo, con igual virtud y semejante fe y devocion podamos, con ayuda de Dios, vencer nuestros trabajos, y alcanzada la victoria, triunfar con los mismos santos en el reino de los cielos. El uno y el otro santo parece que tomaron esta consideracion, de quien la tuvo primero que ellos profundísima, que fué el apóstol san Pablo, que de sus trabajos, no solo daba gracias á Dios, por ser de su mano, y á él tan provechosos; pero dábales por el provecho que de su paciencia y de su consuelo, que venian del cielo, les cabia á los de Corinto, con quien á este propósito hablaba, diciéndoles: Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos envia el consuelo y paciencia en todas nuestras tribulaciones, sin dejar ninguna, para que podamos con ella consolar y esforzar á todos los que estuvieren puestos en aprieto con la misma tribulacion con que Dios nos avisa. Porque, así como crecen las pasiones en nosotros de Cristo, así crece por el mismo Cristo la consolacion. Porque, ora tengamos tribulacion, es por vuestra doctrina y salud; si tenemos paciencia y consuelo, es por vuestra doctrina y salud; si somos amonestados, es por vuestro aviso y salud; porque todas estas cosas obran en los fieles la tolerancia y sufrimiento en los mismos trabajos y pasiones que nosotros padecemos, para que la firmeza de nuestra esperanza se extienda á vosotros, sabiendo que, como sois compañeros nuestros en las pasiones, lo seréis en las consolaciones. Hasta aquí son palabras del Apóstol; de las cuales se colige bien cuán grande es el consuelo y el fruto de paciencia que causa el poner los ojos de la consideracion en los trabajos de los santos mártires, para padecer con ella los nuestros. Y á este propósito es aquello que se cuenta en figura en el libro de los *Macabeos*, que mostrando al elefante la sangre de las uvas y de las moras cobraba ánimo y esfuerzo. Así lo hace el cristiano mostrándole la de los mártires.

Y para decir sumariamente cuán graves fueron los trabajos que los apóstoles padecieron y los mártires, será bien saber lo que el bienaventurado san Juan Crisóstomo dice sobre aquellas palabras del Apóstol, que agora referimos, que decia á los corintos: Porque, como las pasiones de Cristo son abundantes en nosotros, así lo son por sus méritos las consolaciones. Sobre las cuales dice san Juan Crisóstomo unas razones, con recelo de que causen escándalo en los oyentes; y es su conclusion que de aquí se sigue que los apóstoles y mártires padecieron mas pasiones que el Redentor. Las palabras deste santo son estas á la letra: Porque no desmayasen los ánimos de los discípulos con la exageracion de los trabajos y calamidades, les pone por contrapeso delante de los ojos la abundancia tambien de la consolacion; y así los levanta el corazon, no solo haciendo memoria de las consolaciones, mas tambien con la que hace de la persona de Cristo, diciendo que sus aflicciones

son de Cristo. De manera que antes del mentar la consolacion, la tiene ya sacada y publicada de las mismas aflicciones. ¿Qué cosa hay mas noble (dice) que verme á la parte con Cristo en los trabajos y padecerlos con su gracia? ¿Qué consuelo puede igualarse á este? Y no solo con esto les pone ánimo y esfuerzo, sino con aquella palabra, *abundan*. Porque no dijo: Así como acaece tener trabajos y aflicciones de Cristo, etc., sino así, como abundan. Dando á entender que no padecian ellos solo lo que Cristo padeció de tribulaciones, sino mucho mas. No solo sufrimos, dice, las cosas que él padeció, sino muchas mas. ¿Padeció vejaciones, persecuciones, azotes, muerte? Pero nosotros mas padecemos; que, aunque no hubiera mas, bastaba para consuelo. Y no hay para qué (dice este santo doctor) tenga nadie esta sentencia por atrevida ni temeraria; porque en otra parte dice el mismo: Agora me alegro en mis aflicciones, y suplo las cosas que faltan á las de Cristo, en mi carne. Y pues en esto no hay arrogancia ni atrevimiento, tampoco la hay aquí, como es cierto que ellos hicieron mas milagros que el mismo Cristo, como él lo dice por san Juan: El que en mí creyere hará mayores obras que estas. Verdad es que todo esto redunda en gloria del que obra en ellos; así ellos sufrieron y padecieron mas que él, y asimesmo todo se le debe agradecer á él, que los consuela y apercibe para las calamidades que se les ofrecieren. Y de aquí es que el mismo Pablo, reparando en que habia dicho una cosa muy grande, moderó su palabra, diciendo: Así por Cristo abunda nuestra consolacion; dando al Señor las gracias, y refiriendo á él todo este negocio, y de ahí publicando la divina bondad y benignidad, porque no dijo que á la tasa y medida de la afliccion recibian la consolacion, sino, sobrepaja la consolacion, para que en el mismo tiempo de la pelea quepa la ocasion de otras coronas. Hasta aquí son las palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo. Y luego da las razones de donde sale esta grande abundancia de consolacion.

En las cuales palabras, guardando el rostro á las letras, doctrina, espíritu y santidad deste glorioso santo, me atrevo á decir que no le faltó razon de recelarse de alguna nota de atrevimiento; porque, aunque en lo que es el tiempo que duró la pasion del Señor no excedió al de muchos mártires; porque, dejadas las persecuciones, befas y calumnias de los fariseos, y contando desde el tiempo desde donde decimos que comenzó la pasion, que es desde la oracion del huerto, no duró veinte y cuatro horas cabales; como sea verdad que muchos mártires padeciesen muchos dias y meses en cárceles, mazmorras, azotes, idas y venidas á los tribunales, etc. Pero lo que el Señor padeció en estas pocas horas fué tan terrible cada cosa por sí, que ninguno, creo yo que después dél ni antes lo haya padecido, ni aun pudiese (durándole la vida) padecerlo. Tambien podrá, como da á entender san Juan Crisóstomo, entender de la variedad de martirios que ellos padecieron; pero poco adelante quedará claro cuando tratáremos de la pasion y tormentos del Señor en su propio discurso, y volverémos á san Juan Crisóstomo. Agora solo sirva lo dicho, de que las penas y trabajos de los apóstoles y mártires fueron tantos y tan grandes, que vinieron á hacer que

san Juan Crisóstomo hablase dellos con este encarecimiento. San Pablo, para gloria de Dios, cuenta los suyos, sus cárceles, sus peregrinaciones, sus cadenas, sus peligros por mar y por tierra, peligros de ladrones, peligros de rios, peligros de falsos cristianos, etc.; sin los interiores, la congoja y cuidado de todas las iglesias, el cuidado de los flacos y enfermos, etc. De manera que dos géneros de trabajos cuenta de sí san Pablo, unos corporales, como hambre, sed, ayunos, cárceles, persecuciones; otros del alma, que son cuidados y congojas de su oficio en las mismas cadenas, y al fin la muerte, la cual dice en otra parte que cada dia padecia. ¿Qué diré de los demás apóstoles? San Bartolomé desollado vivo con tan terribles dolores, san Pedro perseguido, preso, encadenado, y al fin puesto en una cruz; Santiago con sus peregrinaciones, y santo Tomás con las suyas, san Andrés, etc. Que, como dice san Pablo de los santos del viejo Testamento: El tiempo me faltaria si pensase decir lo menos que sé y siento de lo que estos santos amigos y ministros de Dios padecieron por su nombre de mano de los tiranos.

Mucho menos me atreveria á decir los tormentos y martirios que los mártires padecieron, aun en genera hablando, porque aun todo lo que dellos está escrito en las historias es mucho menos que lo que fué; pero por cumplir con el intento deste discurso, diré algo; aunque, como Eusebio dice, ninguno puede creer cuán graves tormentos padecieron, sino los que los vieron padecer, porque mucho mas graves fueron y mas terribles que los que se cuentan: rabiaba el mundo de ira y enojo contra ellos, y todo su estudio era echar la gente cristiana de sí, y arrancarla del todo, como rebelde, superstitiosa, sacrilega encantadora, pestilencial y aborrecible á sus ídolos; y porque esto era el gusto y contento de aquellos falsos dioses y de los principes de la tierra, de ahí nacia que los gobernadores y magistrados y toda la demás gente del vulgo, eso pensaba, que era santo y bueno y honroso el inventar géneros de ludibrios, vejaciones y tormentos con que fatigarlos. Así se lo habia el Señor profetizado á los apóstoles: Tiempo ha de venir, cuando todo aquel que tratare vuestra muerte piense que con eso sirve á Dios y gana el cielo. Pues todo su cuidado (como el mismo Eusebio dice) era inventar nuevos géneros de castigos contra ellos, y ese era tenido por buen juez el que mas nuevos, exquisitos y crueles los inventaba. La crueldad se ejercitaba en ellos sin castigo, á solo albedrío del que queria matarlos, afligirlos, afrentarlos, atormentarlos; todo le era licito al que queria hacer en ellos suertes y ensayos, y á cualquier hora podia probar sus invenciones en ellos: este era el cuidado que tenian los jueces principalmente, y deste se encargaban con diligencia, ó darles la muerte ó compelesles á sacrificar, y para esto se desnudaban de toda piedad y humano afecto que la naturaleza habia en ellos puesto; y vueltos mas crueles que fieras, les pesaba que la naturaleza del hombre fuese tan flaca, que no pudiese sufrir mas crueles y atroces tormentos sin morir; y por eso no trataban de sacarlos luego del mundo con espadas ó con fuegos, antes con una piedad infernal y diabólica sustentaban la dolorosa vida del mártir, para que con mas crueldad y

tormento la perdiese; porque primero los azotaban fuertemente con palos, varas, riendas, escorpiones, plomadas, muy grande parte del día ó de la noche atados con correas ó colgados con sogas; tras esto los araban el cuerpo con uñas de hierro, y les punzaban con lancetas de acero agudas, quemaban estas llagas con hachas ardiendo, estropeábanlos con cuerdas fuertes y poleas, y con peines de hierro los despedazaban; tras estas crueldades, para mas dolor, les fregaban las llagas sangrientas con sal y vinagre, y al cabo los volvian á la cárcel, para que, convalcidos, comenzasen otros nuevos géneros de martirios, los cuales entre tanto inventaban y aparejaban; á otros sacaban los ojos cruelmente, á otros con gran deshonra y fealdad cortaban las narices, á otros arrancaban las uñas, á otros cortaban las manos, á otros los pies, á otros metian en grandes calderas ó tinas de pez, resina y plomo derretido; y cuando ya se cansaban y faltaban todos estos crueles instrumentos, no faltaba la crueldad de los atormentadores; venian las cruces, los fuegos, las bestias, las flechas, las espadas; á otros despenaban, á otros quebrantaban las piernas, y otros géneros de dolores y muertes, cansados y no hartos de atormentar, como refiere el mismo Eusebio.

De aquí nacia aquella diabólica invencion de martirio, que donde se hallaban dos árboles juntos, bajaban las puntas de dos ramas con gran violencia al suelo, y atando á cada una una pierna del mártir, las tornaban á soltar en un punto, y con la fuerza de la naturaleza llevaba cada una su medio cuerpo, aventando las tripas y asaduras por los aires; y no contentos con la crueldad contra los vivos, algunas veces mas crueles se mostraban contra los muertos, poniendo sus cuerpos (como el salmista se lo representa á Dios en un salmo) por manjar á las aves y á las bestias de la tierra; ni escapaba su castigo el que de noche ó en secreto pensaba de enterrar alguno dellos, movido por religion ó piedad. De aquí se veian por todo el mundo crudelísimos espectáculos, habiendo por todó él tantos muertos echados al campo y en lo poblado, sin haber quien se atreviese á enterrar ninguno. Habia otro género de tormento que los mártires padecian, que á quien tenia tan firme su corazon con Dios no era menos grave, el cual récebian de sus propios deudos y amigos, de sus queridas mujeres, de sus tiernos hijos, de sus padres, madres, hermanos, cuñados, parientes, cuando con muchas lágrimas y grandes aullidos se llegaban á ellos, rogándoles que tuviesen piedad dellos, de tantos niños por criar, de las mujeres desamparadas, de los padres viejos, que lo uno quedaban solos, y lo otro á grande peligro de pasar todos por aquella crueldad, de que con solo adorar los dioses podian librarlos, y que si después tuviesen desto algun escrúpulo, que todo se perdonaria por la penitencia; que condescendiesen con los emperadores y con sus jueces y adelantados; que sacrificasen á los dioses, que ellos recibian sobre sí aquel pecado que en eso se cometiese. Pues ¿qué tormento puede ser mas cruel y qué mayor priesa que esta, por una parte ruegos, lágrimas y ternura, las mujeres llorando, los niños, de ver llorar las madres, los viejos las lágrimas por las canas corriendo, y por otra penas intolerables? Esto es una

cifra de lo que brevemente y en general puede decirse, lo cual parece cuando se lee una historia particular de un mártir, como un Estévan, Lorenzo y otros, especialmente cuanto mas va el mundo estragándose, como parece en los crudelísimos martirios que los siervos de Dios han padecido de los herejes, y los que casi en nuestros tiempos padecieron aquellos bienaventurados monjes de la Cartuja en el reino de Inglaterra, y otros muchos de quien cuenta la historia de aquel reino, donde el demonio parece haber descubierto todas sus artes y herramientas que tiene y sabe, para afligir á los siervos de Dios y defensores de su fe, como ve que queda poco tiempo para desahogar, si pudiese, su furia y mala voluntad que á Dios y á sus siervos tiene.

La paciencia destes santos no parece que se puede tratar por este nombre, sino por nombre de alegría y deseo con que padecian; porque, no solo no se movian ni vacilaban por dichos ni lágrimas de sus deudos y amigos, ni temian amenazas ni estimaban promesas; antes, puestos los ojos en el cielo y el corazon en Dios, como unas piedras fuertes y constantes, no querian oír lo que del suelo se les decia, sino lo que Jesucristo, á quien amaban y por quien morian, habia enseñado; considerando lo que él padeció por ellos, y la gloria que les estaba aderezando si padecian constante y valerosamente, no solamente esto, sino que con gran alegría padecian, la cual heredaron de su buen padre Cristo, y de la que él tuvo padeciendo sin culpa por los pecadores, con ser tan graves sus tormentos del Hijo de Dios, que á los que pasaban pedía el Profeta en su nombre que parasen y advirtiesen si habia dolor semejante á los que él padecia; pero aquel amor infinito con que nos amó y los padeció hacia apacibles y dulces los dolores; y advirtiendo esto los mártires, no solo con paciencia sufrían los suyos, sino con alegría y con esfuerzo incomparable, que el Redentor les dejó y ganó por su pasión, trocando en ella su esfuerzo por nuestra flaqueza, que recibió en sí; lo cual fué figurado en la costilla que del lado de Adán sacó para formar á Eva, pudiendo criarla de nada, y si quisiera, de algo, como al hombre, no le faltara barro de que pudiera; pero quiso quitarle del lado la costilla. Y dice el santo texto que aquel vacío de donde la sacó, llenó de carne en su lugar. Y dice san Pablo que está allí un gran secreto y misterio, cumplido en Cristo y su Iglesia, porque significó que el sueño que el segundo Adán durmió en la cruz sacó de su lado nuestra fortaleza, significada por la costilla de hueso, y en lugar della puso nuestra flaqueza, significada por la carne flaca. Y de aquí le vino al Señor el temor que en el huerto tuvo cuando, como haciendo el memento de la misa que otro día habia de celebrar en el altar de la cruz, se le representaron los trabajos que otro día siguiente habia de padecer, y del temor vino á sudar gotas de sangre. Y por otra parte, los apóstoles y mártires iban, no solo con paciencia, sino con fortaleza y alegría, á sus martirios, en lo cual se les parecia lo que del trueque con su Señor les habia cabido; porque, así como el Redentor como oveja dice el Profeta que se dejó llevar á la muerte sin hablar palabra, así los mártires; que es decir que morian con tanta paciencia y alegría, que con el mismo semblante

y alegría iban á la muerte como al contento, así como va la oveja con el mismo al matadero que iba á la dehesa; y así como la oveja se vende barato para sustento de los pobres, así Cristo se dió con liberalidad para el de los pecadores; y los mártires, por el consiguiente, para servir y dar contento á Cristo, pobre por nosotros, y á sus pobres de la Iglesia, comunicando con ellos las riquezas que les sobran para el tesoro de sus pasiones; y esto es lo que canta la Iglesia: Murieron á cuchillo á manera de ovejas; no suena murmuracion ni queja, sino con corazon callado su alma prudente conserva la paciencia.

Para sentir mas este punto, por ser tan útil para celebrar las fiestas de los mártires y sacar el fruto dellas, así como en la crueldad de los tormentos he remitido al cristiano á las historias dellos, así les remito en este punto de la paciencia y alegría con que padecieron. Esta es la grita que san Lorenzo daba á los que atizaban el fuego de su martirio, que, aunque de otros mártires dice san Pablo que apagaron la fuerza del fuego y rebotaron los filos de las espadas, etc.; pero san Lorenzo no quiso el fuego sin fuerza ni apagado, sino dejarse asar y mandar que le volviesen del otro lado, venciendo con sola paciencia el impetu de aquel bravo fuego. Esta es la miel que san Estévan hallaba en sus piedras, y este el temor de san Ignacio de que sus leones se tornasen mansos y amigos, como á Daniel y á otros mártires, y que, reconociendo al siervo de Dios, cerrasen sus bocas ó bajase el ángel á cerrárselas, encogiesen las uñas y olvidasen su natural ferocidad. De aquí eran los requiebros del santo viejo san Andrés con la cruz en que habia de padecer, pareciéndole muy hermosa, considerando las joyas que la habian heroseado, que eran los santísimos miembros de Jesucristo, y rogar al pueblo que no impidiese su martirio; de aquí la alegría y deseo de los mártires presos cuando venia el día de sacar á algunos á martirizar, y la porfía santa y los pleitos sobre quién saldria primero de los compañeros de san Mauricio y de otros mártires, porque no se les desmintase ocasion tan deseada; así lo pedía santa Prisca, alegando su nobleza, por la cual debia ser preferida en el martirio á los que no la tenian como ella. De aquí la respuesta del otro que entre gravísimos tormentos no se quejaba, cuando, preguntada la causa, dijo que era costumbre entre los cristianos el silencio cuando oraban, y su oracion era requebrarse con Dios y darle gracias por los tormentos; de aquí las niñas con valeroso esfuerzo, mas que de capitanes, respondiendo con cristiano y santo denuedo á las preguntas y razones de los tiranos, menospreciaban sus amenazas y tormentos, porque tenian dentro de sí la costilla del celestial y divino Adán, Jesucristo, de que fué formada su esposa la Iglesia, y á trueque della habian puesto en él la flaqueza de su carne y sexo. Pues esto es el clarísimo ejemplo que el mismo Redentor nos dejó de paciencia y alegría para el tiempo de nuestros trabajos.

Pero, para mas exageracion deste valor, es mucho de notar una grandeza que se halla en estos bienaventurados santos que después del Redentor padecieron, y es la ventaja que hacen á los antiguos que por Dios y su ley padecieron; que, como aquellos estaban hechos á

recibir en premio de sus obras bienes temporales, al fin colmadamente fueron en ellos restituidos, como fué el santo Job, que recibió todo lo que habia perdido doblado, y aun tambien los hijos, segun san Agustin, que dice que los primeros siete no los habia perdido, sino enviándolos adelante, donde para siempre los habia de gozar. De Tobías dice el mismo san Agustin y san Crisóstomo que recibió dos premios de su paciencia, en esta vida y en la otra, porque le sacó y libró de la ceguedad del cuerpo y le hizo rico, y después le llevó á su gloria; para que veamos cuán bien sabe Dios pagar lo que por él se padece y hace. Y de Josef cuenta la sagrada Historia que después de sus trabajos fué subido á tan alta cumbre de honra y riquezas. Pero los mártires no quisieron acá paga ninguna con estar prometida, sino solo en la bienaventuranza, y aun la principal que tenian por paga era el mismo padecer hasta la muerte sin cosa que pareciese interese, si era menos que el mismo Dios, por quien padecian.

Pues ¿quién no sale avergonzado y confuso deste discurso, viendo tal valor de unos hombres de carne como nosotros, sin dechado de tantos ejemplos como nosotros tenemos? ¿Qué es nuestra vida y nuestro pensamiento? ¿Qué es nuestro cristianismo ó nuestra religion? Cuando hallamos á la noche que ni hemos muerto ni agraviado á nadie, cuando creemos firmemente lo que la Iglesia, y no nos acusa la conciencia de pecado, ¿pensamos que hemos hecho algo? En aquel tiempo no se probaba con cualesquier obras la fe, sino con la vida y la sangre, pudiendo Dios sin tanto riesgo salvar los hombres y acabar los tiranos, como comenzó á hacer de hecho en tiempo del emperador Constantino, eso pudiera hacer en tiempo de Neron y Calígula, y Trajano y Domiciano, y de otros semejantes tiranos; no quiso por no quitar á la Iglesia tanta honra como de los triunfos de aquellos santos se le recreció, y para que á gente tan flaca y tibia como los que agora vivimos quedasen tan vivos y eficaces ejemplos de virtud y paciencia; porque, viendo en ellos la gracia de Dios, que levantaba á tan alta cumbre nuestra flaqueza, los que pudiesen los imitar; y los que no, se admirasen y humillasen viendo delante de tanto esfuerzo su tibieza y flojedad.

DISCURSO VI.

De la paciencia en las adversidades, á ejemplo de Lázaro pobre.

Al tiempo que llegaba ya á tratar del clarísimo ejemplo que tenemos en la Madre de Dios se me representó que hacia no poco agravo á Lázaro mendigo, y á los que con su ejemplo podrán consolarse, ó por mejor decir, avergonzarse en sus trabajos, si no le hacia su discurso en este libro; pues la condicion de los demás no le falta á Lázaro, que es habérsenos dado por dechado y ejemplo de paciencia, como el santo Job y los demás; y que esto sea así afirmalo san Juan Crisóstomo, y que para ese fin nos dejó el Señor la Parábola que de su fin y del rico avariento trata, porque cuando en alguna triste aflicion nos viéremos caidos nos consolemos, considerando cuánta ventaja nos hizo en sufrir, por mucho que nos parezca lo que sufrimos. De manera que fué puesto por doctor, maestro y predicador de todo el

mundo para los que tuvieren que padecer, y muestra clara su doctrina en vencer á todos en grandeza de paciencia y en insufribles trabajos. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo. Y aunque tan tarde se me ofreció tratar dél, no le mudé lugar, antes le pongo en este, después de los dichos, aunque parece puesto mas honrado, por voto del mismo san Juan, que en la misma homilia viene á decir que no se puede hallar otro que tantos y tan graves males haya padecido, con traer este santo siempre al santo Job y á san Pablo en la boca y en el tintero, que apenas hay homilia en que no salgan; y así parece que lo sentia en la manera del decir. No puede (dice) hallarse otro, no puede, digo, digo que no puede; que parece que el santo Job se le atravesaba en los dientes, estorbándole el pronunciar esta sentencia tan general, y repítela, diciendo: Digo que no podrás hallar ni nombrarme otro que tales, tan pesados y tantos males haya padecido; lo cual dice este santo con tanto encarecimiento, así por ser ellos muchos y graves, como por haberlos padecido el pobre todos juntos, que es una circunstancia que hacia mas graves sus penas. Y para entender cuántas, cuán graves y cuán juntas, digamos primero su historia, por ser menos comunmente sabida que las pasadas, como el Redentor la cuenta por san Lucas, donde para declarar dos sentencias oscuras que habia dicho encomendando la limosna, de que mofaban los fariseos, que eran avarientos, juzgando que el Señor por ser pobre, como lo era y parecia, cargaba la mano en alabar esta virtud por su interés; y lo segundo por enseñarnos, como san Juan Crisóstomo dice, que cuanto en el mundo pasó no es mas que una farsa ó comedia, ni los personajes dél, por mas pintados que sean, son mas que unos farsantes, que uno representa persona de rico, otro de pobre; uno de santo, otro de pecador; uno de señor, otro de vasallo; y que hasta el dia del juicio ó de la muerte, cuando se desnudarán los vestidos de la comedia, no se conocerá quién es cada uno, y entonces serán todos conocidos; y verá el mundo que alguno que parecia santo no lo era, y así el rico y el pobre, etc.; como san Pablo dice, que en el dia último se descubrirán los pensamientos de los corazones; lo tercero, pretende enseñarnos la mudanza que ha de haber de las suertes de todos, con que responde á las maravillas de los santos y amigos suyos cerca del tratamiento de buenos y malos, y asimismo á las perpetuas quejas de los pobres cuando se ven en esta vida tan mal tratados, á vista de los que sin merecerlo viven en ella con mucha prosperidad.

Dice pues el Redentor: Érase un hombre rico, y érase un pobre mendigo. Antes que de aquí pasemos, porque decimos érase, que es vocablo con que se comienzan las consejas ó fábulas que las viejas suelen fingir ó contar, es necesario averiguar brevemente si este cuento que el Señor aquí cuenta haya sido historia verdadera ó cuento fingido, como algunas parábolas que para declarar alguna doctrina suelen fingirse, como la que en el libro de los *Jueces* se dice, que fueron todos los árboles á la viña, higuera, etc., para que fuese su rey. Y claro está que entonces no hablaban mas que agora los árboles, ni andaban ni elegían rey, ni se gobernaban por él, sino para declarar el misterio ó doctrina que allí preten-

de; ni por eso es ni puede decirse mentira, aunque sea fiction y no haya pasado ni pueda pasar así como se cuenta; porque, como san Agustín dice, no todo lo que fingimos es luego mentira, sino cuando lo que se finge no se encamina á alguna significacion; y porque él dice que las parábolas de Cristo no hay necesidad que sean verdaderas, quieren de allí colegir algunos que siente que no lo son. Por otra parte, san Juan Damasceno dice lo contrario, que todas cuantas Cristo dijo son verdaderas historias, y trae por ejemplo esta del rico y el pobre. Ambas estas dos sentencias no tienen probabilidad; solo tiene verdad la de Damasceno en el ejemplo que pone, que esta de que hablamos fué verdadera, en que todos los doctores convienen, excepto Teofilato sobre san Lucas en aquel lugar; así que, la comun sentencia de todos es que fué historia verdadera, y lo son todas las que nombran las personas, lugares ó tiempos. Y esta es regla de san Juan Crisóstomo, donde dice: En las parábolas no se han de nombrar ó decir los nombres. Y conformando Orígenes con este su parecer, dice que forzosamente nombró Moisés á Job en su libro cuando le compuso, so pena que se pensara que era argumento ó historia fingida. Luego de aquí sale la diferencia entre parábola y verdadera historia: que en la historia se suelen decir los nombres, y en la parábola fingida no; y de lo que es pura parábola entiendo yo á san Agustín, sin que niegue esta doctrina de san Juan Crisóstomo, segun la cual Teofilato parece haberse engañado en decir que esta era fiction, como tambien algunos hebreos se engañaron en pensar lo mismo del libro de Job. En esta parábola del rico avariento pone el Evangelio el nombre del pobre. Eutimio pone tambien el del rico, diciendo que por haber sido mal hombre no le pone el Evangelista, segun aquello del salmo: No tomaré en mi boca sus nombres para acordarme dellos, y que por bueno y digno de amor fué nombrado el pobre; pero que de mano en mano, de la doctrina de los hebreos, mirados y distinguidos los tiempos, se halla que aquel rico se llamaba Nineusis, y el pobre Lázaro. Esto es lo que Eutimio dice.

Agora, supuesto que la historia es verdadera, dice así el Evangelio: Érase un rico tan rico, que vestia de púrpura y Holanda, y comia cada dia de banquete; y érase un pobre que tenia por nombre Lázaro, que cada dia le hallaban echado á la puerta del rico, lleno de llagas, deseando matar su hambre de los mendrugos y migajas que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba; sucedió morir el pobre en esta pobreza, y fué llevado en manos de los ángeles al seno de Abraham; murió tambien el rico y fué enterrado, y el alma en el infierno. Desde allí, levantando los ojos, vió á Abraham y á Lázaro, y comenzó á dar voces llamando á Abraham: Padre Abraham, envíame á Lázaro que moje mi lengua con su dedo, que me abraso en estas llamas. Respondió Abraham: Acordáos, hijo, que recibistes vuestros bienes en vuestra vida, y Lázaro por el semejante sus males; agora él se huelga, y vos sois atormentado; tras eso, ya veis que entre nosotros y vosotros hay esta hoya ó paredon, que estorba á que pase nadie de una parte á otra. Replicó el rico: Pues ruégote, padre, que le envíes en casa de mi padre, porque tengo cinco

hermanos á quien predique y les dé aviso para que no vengán á este lugar de tormentos. Respondió Abraham: Allí tienen la escritura de Moises y predicadores, oigan sermones. Él respondió: No, padre Abraham, mejor harán penitencia si alguien fuere á ellos desta vida. Respondió Abraham: Si á Moisés y á los profetas no oyen, aunque resucite un muerto y le vean no creerán. Esta es la historia.

De la cual se saca, lo primero, que este discurso pretende cuántas y cuán graves cosas padeció este pobre, y cuán juntas. Lo primero era gran pobreza, que es gravísimo mal, cual lo conoce quien le ha padecido, mayormente cuando la pobreza es de lo necesario para la vida, que la que es de lo superfluo para conservar el fausto y vanidad del mundo, él la llama pobreza, que yo no. Este pobre la tenia tan grande, que aun mendrugos y migajas que se perdian, como allí da á entender, y nadie los codiciaba ni guardaba, no podia alcanzar con deseos ni con ruegos ni con voces. Lo segundo era enfermedad, no solo de llagas y dolores, de que el Evangelio dice que estaba lleno, sino de tanta flaqueza y enfermedad, que, viniendo los perros á lamerle las llagas, llamados y convidados de la hediondez que dellas, como de cuerpo muerto, salia (no para hacerle bien, sino, como san Crisóstomo dice, para hartar su hambre, sintiendo desto gran dolor, porque las lenguas de los perros y sus golpes se le despertaban en aquellas llagas enconadas, y es de creer que no con solo lamer se contentaban), no tenia salud ni fuerza para aventarlos de sí. Cada trabajo destes dos, por sí y sin el otro, es tan intolerable, ¿qué serian ambos juntos? Porque por la experiencia vemos que, por pobre que uno sea, si tiene salud, ya pasa su trabajo con algun consuelo, y asimismo, cuando uno está enfermo, por mucho que lo esté, como no haya pobreza pasa con buen servicio, regalos, médico docto, medicinas, el bufete lleno de olores, aguas, ramilletes, la fuente, la buena cama, las muchas visitas, que no le faltan al rico, y otras muchas cosas que alivian mucho el rigor de la enfermedad; pero cuando estas dos se juntan, pobreza y enfermedad, cada una dellas hace mayor dolor y herida en el alma. Pues de aquí se comience á sentir la gravedad de los trabajos de Lázaro por ser juntos, pues estos dos primeros tanto se ayudaban para su tormento. Pasando adelante, ya podría ser estar uno enfermo y tan pobre, que no tuviese de su cosecha ni hacienda con qué curarse ó pasar ó aliviar su enfermedad; pero, tendido en la calle ó en otro lugar público, en aquel suelo podria ser remediado con favor ó limosna de los que le viesen, movidos á compasion.

Este fué el tercer trabajo deste pobre, que hace insufribles los demás, ver que de su miseria nadie tenia compasion, ni le socorria aun con lo que se habia de echar al muladar, y estando á la puerta por do pasaban, que no les habia de costar trabajo el llevarselo á su casa; á lo cual se añadia ser á la puerta del rico tan próspero; que si fuera en un desierto donde le sucediera la enfermedad ó la hambre no sintiera tanta pena; como nos acaece en un camino ó desierto, cuando á todos falta el mantenimiento en una venta, ó en la mar cuando falta el mismo ó agua para beber, que la comun necesidad,

aunque á solas se padezca, se pasa con alegría, á lo menos sin mucho disgusto, antes se pasa tiempo en pensar cómo se contará después á los amigos; pero no así cuando falta en lugar abundante, mayormente si hay gente que pueda fácilmente socorrer y no quiere. De donde los santos y los teólogos coligen que á lo menos antes del juicio, como san Agustín advierte, los condenados en el infierno para mas tormento suyo ven (como es allí posible) la gloria de los bienaventurados; porque, cotejada con sus penas, salen estas mas intolerables. Así parece tenerlo san Gregorio. Y al revés: verán los bienaventurados las penas de los condenados para mas gloria; y compáralo á las colores contrarias puestas una á par de otra, que salen mas. Lo mismo dice san Juan Crisóstomo, y pone ejemplo del hambriento que le apartan de la mesa, y dice que por eso puso Dios á Adán enfrente del Paraíso, para labrar la tierra. Esto entiendo de este santo del mismo dia del juicio; y los que menos dicen es, que la memoria de lo que allí vieren les durará para siempre para su tormento, y que por eso puso al rico en el infierno, enfrente y á vista de Lázaro y Abraham, para que, pidiendo la gota de agua, viese á Lázaro en holganza, para mas pena y tormento. Y aun los poetas fingen á Tántalo junto á las frutas y las aguas frescas sin poder gozar uno ni otro, para significar los tormentos de su infierno, cual ellos lo alcanzaban. Al fin, ó por vista ó revelacion ó memoria, ellos lo ven para mayor tormento suyo. Tal era la necesidad y aflicion deste pobre á la puerta de un hombre rico, á vista de tantos criados, de los cuales ninguno le socorria, ninguno le consolaba, ninguno siquiera le miraba ni echaba de ver su necesidad para remediarla, mayormente donde tanta abundancia se despreciaba. Fuera desto, le daba nueva pena que aquella riqueza cayese en aquel hombre de malas costumbres, viendo tales y tan buenas él las suyas, que sin arrogancia ni soberbia podia hacer esta comparacion; y por otra parte, tan diferentes de los méritos las suertes de cada uno, que viviendo el otro en sumo contento y riqueza, viviese él en extrema miseria y necesidad donde habia tanta impiedad, tanta inhumanidad y, como san Juan Crisóstomo la llama, tanta desvergüenza, que, estando á la puerta por donde el rico pasaba, no hiciese caso de su necesidad mas que si fuera una piedra, ó traido allí para ser testimonio de su demasia y superfluidad. ¡Cuál estaba aquel santo mendigo, y qué alligido, viendo pasar junto á sí tantos criados que entraban y salian, subian y descendian; tanto ruido, tantos truanes y lisonjeros, tantos convidados, maestresalas, pajes, tantos hartos, embriagados, tantos deshonestos, burladores, saltadores, músicos, tantos pícaros y mozos de cocina y de caballos, y otra gente perdida que suele llegarse á semejantes casas, reventando de hartos y dándose con las sobras de la comida, ahogándose el pobre en el puerto, y secándose de sed á par de la fuente!

Tras esto, tenia otra aflicion, ó por decir mejor, falta de un alivio que suelen tener otros afligidos, que solo él lo era en aquel género de adversidad, que no habia otro pobre como él con cuya aflicion se consolase, ni habia pasado antes otro Lázaro como él (con quien los que agora padecemos, nos consolamos y esforzamos á pa-